

Krist/eva, o el verbo se hizo mujer

El juego sobre el nombre de Kristeva es deliberadamente un recurso arbitrario de transgresión para aproximarse a las posibilidades de significancia del texto que escapan por lo regular al orden lógico-lineal e incitar con ello a enriquecer la discusión acerca de cuestiones relacionadas con los mecanismos de significación del lenguaje, con el sujeto hablante y con la reflexión acerca de lo femenino y de lo materno dentro del orden simbólico. Por una vía de interpretación se nos plantea la temática ancestral acerca de Eva, de la mujer y del cuerpo, en cambio por vía asociativa de Krist-Cristo recorremos el camino de la palabra liberadora, y asistimos al desplazamiento del orden simbólico autoritario, represor, inhumano, basado en el miedo a la ley severa, por otro más humano, liberador y con posibilidades de acceso al goce y a la experiencia amorosa.

La trayectoria existencial e intelectual de Kristeva se ha caracterizado por la dualidad dentro/fuera para instaurar una nueva alternativa: adentro y afuera simultáneamente. A los veinticinco años abandona su patria, Bulgaria, para exiliarse en la lengua y la capital francesa. En el plano intelectual se desliga de sus compromisos ideológicos con el partido comunista. Su nombre se asocia con el teórico Roland Barthes, con Lacan, con la izquierda francesa y con la teoría crítica feminista. Sin embargo, en todos los círculos intelectuales permanece fiel a su condición de estar adentro y afuera simultáneamente, y esto lo ha logrado gracias a su independencia de criterio, y a una sólida posición teórica que no se sacrifica ni pliega a ninguna postura cerrada, sea ésta filosófica, psicoanalítica, feminista o literaria.

Su pasión por el lenguaje y por los mecanismos de significación ha actuado como pivote para sus incursiones en la antropología, la teoría feminista, la práctica psicoanalítica lacaniana y en últimas fechas en la novelística. Se inicia en el campo de la semiótica mediante el análisis de los modos de significación en la poesía y estudia principalmente los mecanismos de la transgresión en la cadena significante, mediante los cuales el texto adquiere el estatuto poético. La transgresión de la norma lingüística es el acto significativo del texto poético.

A través del estudio de los modos de significancia que rigen la generación de cualquier texto simbólico, especialmente artístico, Kristeva observa que éstos no corren en un tiempo histórico lineal, sino más bien se entrecruzan con un tiempo antropológico, de especie y de conciencia. El tiempo

histórico lineal, explica esta autora, se asocia con un espacio cultural lógico-científico donde el lenguaje responde a la función primordial de establecer correspondencias entre el significante, el significado y el referente, evitando deliberadamente la ambigüedad y buscando la univocidad del término, mientras que en los textos artísticos coexisten el tiempo histórico lineal y el espacio lógico con el tiempo cósmico-circular y el espacio paragramático-cerológico.

El sistema de significación de este último espacio y tiempo se basa en la relación de contigüidad entre significante y significante, ajeno al tiempo histórico lineal, propio del terreno de la ambigüedad, de la polivalencia del signo y donde opera la vía de "...la desconstitución del habla a la constitución del texto, y de la desconstitución del signo a la constitución de la escritura"¹. La práctica semiótica y psicoanalítica, a través del análisis descompone el signo y abre "en el interior de ese sistema otro escenario: el que tapa la pantalla de la estructura, y que es la significancia"². De esta manera se penetra en el proceso de germinación del texto en su procedencia inconsciente y por ende en el tiempo antropológico, de especie y de conciencia.

En los textos poéticos, como mencionábamos anteriormente, se reconcilian y coexisten dos tiempos, espacios y modos diferentes de significación: por vía de la relación de correspondencia significante/significado en la metáfora y por otra la relación de contigüidad significante/significante presente en la metonimia. La estructura de creación artística requiere del tiempo histórico lineal, del antropológico, del espacio lógico y cerológico tanto como de los procedimientos metafóricos y metonímicos para lograr su dimensión estética.

El interés por penetrar en los procesos de germinación del texto simbólico conduce a Kristeva al campo de la teoría psicoanalítica y como tantos otros autores considera que el advenimiento del sujeto hablante, del mundo simbólico y de la cultura se finca sobre la represión del deseo incestuoso. La supresión de la relación simbiótica de madre e hijo rompe con la unidad y con este acto se instaura la relación sujeto/objeto necesario para la conformación de la estructura lingüística y la substitución del grito por el habla.

¹ Kristeva, Julia. "Semiótica 2", *Poesía y Negatividad*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1981. p. 98.

² *Op. cit.* p. 96.

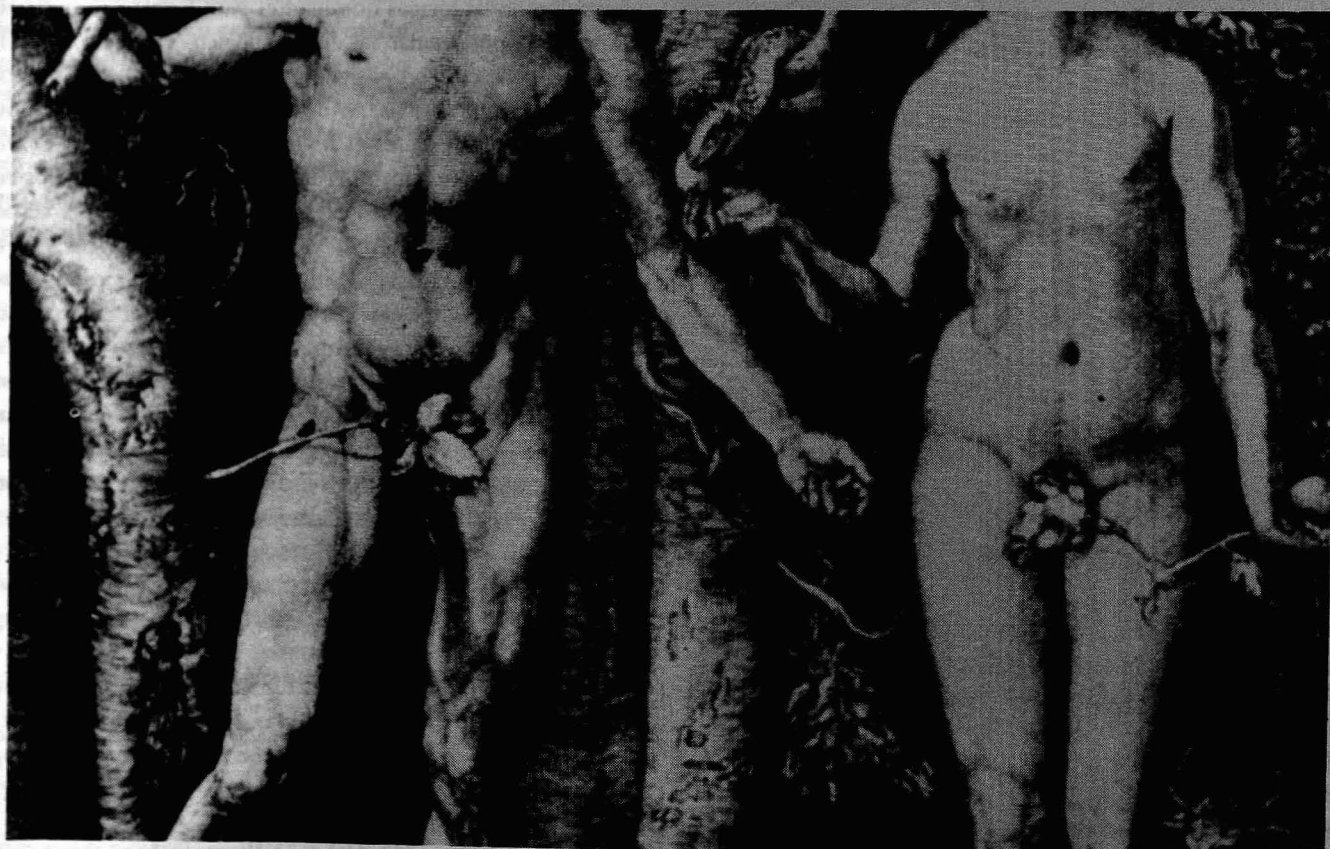
Cada acto lingüístico tiene la huella doble de la historia individual y de especie. Por una parte guarda el recuerdo de la prohibición y de ruptura con la madre para devenir sujeto hablante, por otra resguarda en el significante el gozo simbiótico con el cuerpo, el sonido y el ritmo materno para devenir creador. Ante esta dualidad surge la pregunta: ¿Cuál es el papel de la madre en el orden simbólico y cuáles las condiciones? Para contestar esta pregunta es necesario ante todo analizar el rasgo distintivo "maternidad". La maternidad, como modo particular del ser mujer, es la transgresión del orden universal de ser uno, en términos de Hegel la catástrofe del ser. Para Lacan la mujer no existe, únicamente existen las mujeres particulares e individuales. La maternidad es a la vez único medio natural reproductivo de la especie e instrumento del orden simbólico del padre. Es la madre la que debe aceptar la ley y romper la fusión del ser uno con el hijo para permitir que se dé la separación y se instituya la relación sujeto-objeto. A través de su acto el sujeto hablante adquiere conciencia de su separación y se ve obligado a nombrar los objetos, a construir el lenguaje de su existencia en el mundo.

La mujer, desde su particularidad de ser, puede acceder al orden simbólico por dos opciones, puede por ejemplo identificarse con el nombre del padre, y aceptar el discurso lógico y sin ambigüedad. En la prosecución de su deseo por pertenecer al orden simbólico algunas mujeres se niegan al goce corporal, incorporan en sus hábitos y actitudes el discurso masculino e incluso en ocasiones rechazan la maternidad. Generalmente, se identifican con los valores culturales falocéntricos y equivalentes de poder, los cuales se inscriben dentro del racional dominante y de la historia lineal. La segunda opción es aceptar el

rol reproductivo, el gozo reprimido del cuerpo, permitir la irrupción de otro ser y con ello romper con la unicidad, vivir intensamente la fusión con el hijo y sufrir la separación obligada. Para esta mujer la vía de acceso es la identificación con la palabra silenciada, asumirse como voz anónima para facilitar la instauración de la norma social y favorecer la estabilidad y reproducción del sistema simbólico. Dentro de esta categoría la vivencia de la mujer se explica en el dicho popular "detrás de un gran hombre hay una gran mujer": madre, esposa, hermana, hija... Esta alternativa ha sido para la mujer latinoamericana la más común. El postulado de la condición femenina ante el orden simbólico parecería expresarse en términos de irreconciliables posturas, las cuales no dan respuesta satisfactoria a la angustia existencial de ser mujer, ni el deseo simultáneo de ser madre, y de querer un lugar propio dentro de la sociedad y la cultura.

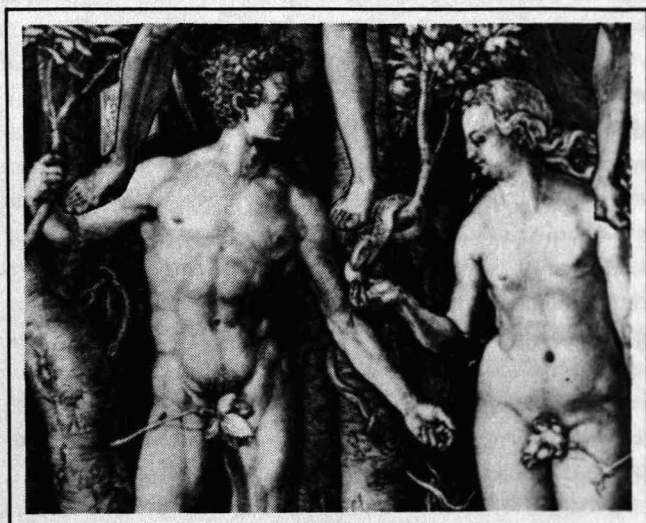
Con respecto a lo anterior y como síntoma de la época de crisis que vivimos, se observa principalmente en los países industrializados el resurgimiento del culto mariano. Curiosamente, la revista *Time* de diciembre del año pasado dedica dos artículos a este renovado interés y explica este fenómeno en virtud del ambiente de incertidumbre y desasosiego que hombres y mujeres experimentamos. Tal parece que nuestro mundo simbólico posmoderno necesita la construcción imaginaria de la "madre" para con ella retomar la imagen consagrada de mujer como madre, que en los últimos tiempos ha sufrido un serio deterioro. Lo anterior puede corroborarse si tomamos en cuenta que en los países post-industrializados las tasas de natalidad se han mantenido en cero.

Kristeva es sensible tanto a la angustia de las mujeres



contemporáneas por encontrar un espacio propio dentro del orden simbólico, como a la necesidad de volver a sacralizar las imágenes e incorporar lo mítico a la producción humana para, quizás, con ello paliar la fragilidad del ser humano ante la muerte. Su respuesta a este dilema la encontramos en varios de sus artículos dedicados a la mujer, entre ellos se destaca: "Stabat Mater"³, "Women's Time"⁴, "Chinese Women"⁵ y otros.

En conclusión, la amenaza tecnológica invade todos nuestros espacios y tiempos vitales, pero ningún peligro mayor que aquél que representa para el mundo simbólico el poder prescindir de hombres y mujeres para la reproducción de la especie por medio de bebés de probeta, inseminaciones o de cualquier otro recurso artificial. No es gratuito por tanto la



preocupación por ofrecer alternativas significativas a la mujer y al hombre para poblar de nuevo la tierra de imágenes, símbolos y representaciones basadas en una historia de amor construida sobre la diferencia y reivindicar el lugar simbólico de la madre. En sus escritos remite constantemente a la relación simbiótica con la madre y enfatiza el papel del inconsciente como depositario de las experiencias anteriores a la emergencia del lenguaje. La memoria guarda los recuerdos de este tiempo en el registro de sonidos, ritmos, cadencias que forman parte del inconsciente del sujeto y que están ubicados en un tiempo anterior a la emergencia de la palabra, del habla y del discurso. En la historia del sujeto hablante se renuncia al cuerpo materno como tal, se reprime el deseo incestuoso, pero éste por contigüidad, cuerpo-madre-sonido se desliza hacia el significante, hacia el signo, hacia el orden semiótico y desde allí llama al goce creador.

Para Kristeva, la mujer se inscribe dentro del orden semiótico, en aquél que establece los modos de significación a través de los deslizamientos del significante y que son característicos de procedimientos metonímicos. El hombre, en cambio, se inclina por los modos de significación propios de la metá-

fora. Esto podría estar marcando dos recursos para la significación, la metáfora como perteneciente al orden simbólico, y la metonimia como parte del orden semiótico. Por ambos procedimientos, el sujeto masculino o femenino busca trastornar el orden simbólico para acceder al goce estético y con ello transformar y enriquecer la historia de la cultura. Para ello, sin embargo, se hace necesario que se rompan las normas, se permitan las desviaciones, se ejerzan las rupturas, se busquen nuevas asociaciones. En síntesis, sin represión no hay cultura y sin transgresión no hay creación. La paradoja de doble bisagra represión/transgresión y adentro/afuera simultáneamente permite el juego dinámico sociocultural. Si esto es así ¿por qué establecer la lucha de poder entre dos modos de significación? y como ya apunta Kristeva: ¿Por qué no inscribirse en el orden simbólico empleando como el texto poético la reconciliación sin sintetizar dos espacios y tiempos diferentes?

Por este motivo Krist/eva fusiona signo, significante, semiótica, y mujer. Eva nos llama al lugar del cuerpo, del goce, al orden semiótico mientras que como Krist conduce al sujeto femenino desde dentro del orden simbólico a la palabra liberadora, a inscribir una tercera alternativa que sin sintetizar dos espacios y tiempos los reconcilie en la diferencia.

Las prácticas estéticas han representado la tercera vía posible para ingresar al orden simbólico sin renunciar a ser madres y mujeres, asimismo sin recurrir al culto mariano, sino a través de la creación buscar que el sentido materno y femenino cobren sentido dentro de nuestro mundo fragmentado y desmitificado. El proceso estético ha servido como un alero para entrar, salir y transitar del orden simbólico al semiótico, de la voz anónima, a la voz gozosa, reconciliadora.

Kristeva es la palabra que libera al discurso femenino de la imposición de las formas dominantes para lograr que el deseo por emular, por igualar las formas lógico-científicas se enriquezca al contacto con el goce manifiesto en el ritmo, el sonido, el color, las formas, en otras palabras en la exploración de otro orden diferente: el femenino. La palabra de Cristo respeta el orden simbólico del Dios-Padre pero abre la posibilidad para que emerja otro espacio donde el amor y el verbo humano tienen cabida. Kristeva, en su función de Eva, desplaza la palabra humana al sitio de "mujer", de cuerpo, de carne para engendrar un nuevo orden, que sin destruir las formas simbólicas (Dios-padre-lenguaje sigue imperando) incorpora al discurso formas inconscientes, semióticas. Y por esa vía, ofrece a la mujer la redención a la disyuntiva madre o mujer para dejar que brote una tercera alternativa que incluye el gozo de la reproducción, de la Escritura y de la reconciliación amorosa en la diferencia entre sexos. ♦

Bibliografía

- Kristeva, Julia, "Semiótica 2", Ed. Fundamentos, Madrid, 1981.
- "The Kristeva Reader", Ed. Columbia University, New York, 1986.
- "Desire in Language, A Semiotic approach to Literature and Art", Ed. Columbia University, New York, 1980.
- "El texto de la novela", Ed. Lumen, Barcelona, 1981.
- "Historias de Amor", Ed. S. XXI, México, 1988.
- "Poderes de la perversión", Ed. S. XXI, México, 1988.

³ "Historias de Amor", *Stabat Mater*, Ed. S. XXI, México, 1988.

⁴ "The Kristeva Reader", *Women's Time*, Ed. Moi Toril, Ed. Columbia University Press, New York, 1986.

⁵ *Idem*.